

Juan Sánchez Peláez

Otra vez otro instante



I

Sólo al fondo del furor. A Ella, que burla mi carne, que
desvela mi hueso, que solloza en mi sombra.

A Ella, mi fuerza y mi forma, ante el paisaje.

Tú que no me conoces, apórtame el olvido.
Tú que resistes,
resplandor de un grito, piernas en éxtasis, yo te destruyo,
sangre amiga, enemiga mía, cruel lascivia.

Elena

o de la poesía.

Víctor Bravo

En el Acto tercero de la segunda parte de *Fausto*, el gran personaje de Goethe dirige a Elena su discurso amoroso: «Mujer sublime, permíteme que me postre a tus plantas y dignate aceptar mi homenaje. Déjame besar la mano que me lleva hacia ti. Comparte conmigo el mando de tu reino infinito y haz que sea un solo hombre tu admirador. Tu esclavo y tu guardián celoso». Fausto pone en escena, en este pasaje, una razón recurrente a través de los siglos en el discurso poético: el nombrar poéticamente la simultánea ausencia (en el mundo) / presencia (en el lenguaje) de la Amada, que en Novalis o en Hölderlin o en Petrarca se llamaron Sophie o Diótima o Laura y que en Juan Sánchez Peláez se llamará, de nuevo, Elena: todos los nombres de Eurídice.

Nuestras voces de bestias infieles trepando en una
habitación suntuosa sin puertas ni llaves.
Cuando me desgarran un soplo náutico de abejas, yo pierdo
tus óleos, tus imanes, una calesa de esteras en el vergel.

Mi primera comunión es el hambre, las batallas.
¿Rueda mi frente en un aro,
saltan mis ojos sobre la nieve pacífica?
¿Florecen campanas melodiosas en un abismo de miedo?

Después, sin designio, el rocío extiende por el mundo su
gran nostalgia de húmedos halcones.

Juan Sánchez Peláez
De *Lo Huidizo y permanente*, 1969.

Sánchez Peláez ha publicado entre 1951 y 1981 seis poemarios que han creado un territorio nuevo en la poesía venezolana y latinoamericana. El primero de ellos, *Elena y los elementos* (1951) se abre con un epígrafe de Paul Eluard, y el tercero, *Filiación oscura* (1966) con uno de Rosamel del Valle: dos poetas como dos cauces por donde transita, en intercambio de voces y correspondencias, la poesía de Sánchez Peláez: la densidad amorosa de la poesía de Eluard y la «videncia poética» Rosamel del Valle —que establece una «distancia» entre el poeta objeto, como en la «ironía» de los románticos.

En los siete primeros poemas del primer libro, bajo el nombre de «Elena y los elementos», parecen estar contenidos ya los sentidos esta poética: la Amada-Elena, «Ella», vista desde la «videncia poética», razón de la poesía («A Ella, mi fuerza y mi forma, ante el paisaje») y del estar y el hacer del yo en el mundo: de sus miedos y sus nostalgias, de su cotidianidad o de su abyección. La Amada, como referencia o creación parece determinar, en Sánchez Peláez, el tono y la distancia para el compromiso con el mundo. La presencia de la Amada tiene el tono órfico de la pérdida, del vértigo ante los abismos del mundo:

Nuestras voces de bestias infieles trepando en una
habitación suntuosa sin puertas ni llaves.
Cuando me des garra un soplo náutico de abejas yo
pierdo tus óleos, tus imanes, una calesa de esteras en el vergel.

.....
¿Florecen campanas melodiosas en un abismo de miedo?

He aquí el ámbito poético de una Amada furtiva, que avanza hacia una imagen de la ausencia, sostenida por la voz poética en el filo mismo del abismo de miedo. ¿Esa imagen furtiva, desrealizada, de la Amada, no aparece también, a ratos, en esa poesía del desgarramiento del yo, la poesía de José Antonio Ramos Sucre? Hay una respiración de la palabra, hay un modo de expresar la imagen poética (el yo atravesando colinas de un desconocido país; los recuerdos como lobos...) que le viene a Sánchez Peláez de Ramos Sucre. Es necesario señalar, no obstante, una diferencia: mientras que en el poeta cumánés el desgarramiento se asume como un hecho trágico, en el arte y en la vida (tal como pasa, *mutatis mutandis*, en Vallejo), en Sánchez Peláez se establece una distancia, esa que hemos asimilado a la «videncia poética» y así el «yo» siente la experiencia del despojo («Sepárame las tablas de mi cuerpo, los despojos / Los despojos de mi alma») o avanza por colinas parecidas a las de «El fugitivo» de Ramos Sucre («Yo atravesaba las negras colinas de un desconocido país»), pero siempre desde esa distancia, des-

de esa «claridad», desde ese lugar de la imagen de la Amada que guarece como una casa:

Súbeme a la claridad. Soy un simio abyecto que necesita perdón.

La Amada, como razón y referente de la poesía, expresa su dialéctica, realiza la vocación secreta de todo lenguaje: la ausencia, presencia como valores simultáneos (la Amada es una ausencia materializada, hecha presente en el discurso poético, de la misma manera en que los lenguajes hacen del mundo y sus objetos una «presencia diferida», para emplear una expresión de Derrida). Así, por ejemplo, en el siguiente texto:

Recuerdo a mi amiga íntima.
Estoy seguro de haberla conocido
 hace trescientos años.
Y olvidarla ahora mismo.
Otra vez otro instante,
Me inunda el halo de los espectros.

La ausencia/presencia se logra, en este fragmento, a través de la experiencia simultánea Olvido/Recuerdo. El yo poético, regido por esa especial imagen de la Amada, se coloca en una peculiar situación ante el mundo («Me inunda el halo de los espectros») que explica en gran parte, si no todo, el tono y el ámbito referencial de esta poesía.

En uno de sus deslumbrantes *Escritos*, Lacan afirma que

Uno se queda aquí

Uno se queda aquí, huérfano, en la ribera lejana o en la escollera. Luego viene la mueca que es el pensamiento resignado, y una manera de considerar que nos hallamos por cierto tiempo en buena disposición física, y que luego también nos iremos de viaje. Pero no, siempre no, bosque perdido e inasible. Si nos fatiga la cicatriz bella del país y la pieza diminuta que ocupamos, si no podemos desprendernos de los amigos que sollozan con nosotros, si no disponemos para la travesía con fajas de leche y pan, si no podemos escapar, aun en puerto seguro, a los brazos de la alta y la baja marea.

Juan Sánchez Peláez
De Aire sobre el aire, 1989.



para saber del deseo es necesario preguntarle a los poetas. Toda la teoría psicoanalítica del deseo sobre el objeto ausente, censurado y/o nombrado, parece correr, transparente y sin necesidad de explicaciones, por la piel sensible de la poesía. Al final del largo poema «Elena y los elementos», el poeta interroga justamente su deseo: «¿Hacia dónde su grito de mujer, Oh, Noche, para levantar en mí esta bóveda chorreante de sed, Mi primitivo deseo?» (la metáfora del deseo como «sed» va a tener una de sus concreciones magistrales en la última frase del poemario de 1969, *Lo huidizo y permanente*: «Oh Solo de Sed»). La Amada deseada, ausente/presente, se encuentra en el ámbito de la palabra, o en el borde del sueño, esa poesía involuntaria, según Novalis; ese lugar para la escenificación del deseo. Según Freud: «En el fondo de mis sueños / Siempre te encuentro cuando amanece».

Se ha señalado a *Elena y los elementos* como punto de partida de la nueva poesía venezolana. Podríamos decir que también contiene la «gramática» de toda la poesía posterior de Sánchez Peláez. *Animal de costumbre* (1959), su segundo poemario, que pareciera establecer de entrada una estrecha correspondencia con la poesía vallejana, se coloca, no obstante, en la «evidencia poética» desde donde Elena, una vez más, es nombrada en función de su ausencia/presencia:

No estás conmigo. Ignoro tu imagen. No pueblo tu gran olvido.

.....
Apareces.
.....

Entonces, para iluminar el presente, tú y yo acariciarnos la llaga de nuestro antiguo amor.

Sobre *Animal de costumbre* Sánchez Peláez ha dado una explicación vallejana: «Quise tocar al hombre cotidiano: un hombre que se queja y, sin embargo, se resigna y acepta». Más allá de Vallejo y Ramos Sucre, sin embargo, *Animal de costumbre* parece proponer, quizás como Vicente Huidobro (siendo así una suerte de síntesis de estos poetas distintos) el drama del yo no como una angustia existencial sino como un drama de vocablos:

Y si me salvo no será por piedad Si muero no será por suicidio Si renazco no será en la resurrección de la carne Salgo a escena inerme ante vocales y vocablos con vaivenes rápidos circulares de fulgor paralelo con el pez vivo en la red y la interrogación sin sentido.

En este poemario el drama del yo con el mundo (con el «halo de espectros») se produce a través de una poética del Doble, de un «Otro Yo» que vive una cotidianidad observada, enunciada desde la «vigen-

cia poética». Así, en el poema XII: «Yo me identifico, a menudo, con otra persona que no me revela su nombre ni sus facciones»; así, en el XVI: «Mi hermano Abel sacudía a los espantapájaros»; así, en esa pequeña obra maestra que da nombre al poemario, donde la experiencia del «otro» se asemeja a «El doble», de Dostoievsky, a «El Horla», de Guy de Maupassant, o a «El difunto yo», de Julio Garmendia:

Mi animal de costumbre me observa y me vigila.
Mueve su larga cola. Viene hasta mí
A una hora imprecisa.

Me devora todos los días, a cada segundo.

En *Filiación oscura* (1966) el poema «Persistencia» retoma el «A Ella» de *Elena y los elementos* («A Ella, mi fuerza y mi forma ante el paisaje») para, en un paralelismo de diez apariciones, materializar la palabra poética de 1966, quince años después de *Elena y los elementos*; viene a evidenciar la coherencia y la persistencia de una poética que, como la de Novalis o la de Hölderlin, está regida por la presencia real/ilusoria de la Amada. En otros textos de este poemario se evidencia con fuerza esa realidad/ilusión de la Amada en la palabra poética. Así, en «Año Nuevo»: «...ajeno a esta permanencia real, ilusoria de la mujer, a esta cavidad nocturna de estrellas errantes y silabas confusas»; así en el poema «menos vulnerable»: «La mujer es de agua reflejada / Vive en la memoria de la piel». En *Lo huidizo y permanente* (1969), la ausencia órfica de la Amada permite asistir a lo que Huidobro llamaba «...la entrada de las imágenes». El mar, en Sánchez Peláez, es una de las concreciones de la ausencia/presencia de la Amada: «Por ti, mi ausente / Oigo al mar a cinco pasos de mi corazón». En el poema IV cristaliza la imagen del círculo que luego retomará en *Rasgos comunes* (1975). Dice: «En el lecho se cierra el mundo. O se abre». La imagen del círculo cerrado/abierto parece establecer sus correspondencias con la recurrencia de la ausencia/presencia de la Amada. Así lo reiteran en «El círculo. se abre», poema inicial de *Rasgos comunes*:

El círculo se abre, ¿ves? (...) Que regrese a nosotros la dicha que
tuvimos y el páramo.

En el poema en prosa de *Rasgos comunes*, «Belleza», se formula una vez más, esa ausencia y presencia, a través de la partida y el regreso: «interrumpida mi plática, vuelvo a hablar contigo de la partida y el regreso». Y se plantea la razón del poeta:

Al abrir los ojos en la llama fría, era un lorito jarano; te busqué de

verdad, lamfa en la sombra de tus huesos, santa perra. Aunque me ausentara de ti, aunque me cubriera el ridículo, aunque estuvieras más allá del resplandor que me envuelve.

(En este poemario, la recurrencia anotada, crea el ámbito para juegos del lenguaje. Así, en «Preámbulo», el juego entre so-bra, so—la-pa y so-pa; o en otro poema, el juego entre diamante y amante: «se apagan los miembros del diamante en los ojos de mi amada», etc.)

En *Por cuál causa o nostalgia* (1981), hasta el momento su último poemario, la producción poética de Sánchez Peláez parece seguir dominada por la figura de Elena. La «entrada de imágenes», el «halo de espectros» se materializa aquí en árboles, olvidos o caballos de sol:

Hilo mis frases de amor
a la intemperie
bajo los árboles de muda historia.
Celebro los olvidos eternos
de mi tierra negra y ensimismada
un caballo de sol
que se asoma a lo imposible
como estrella de mar
fugaz
relincha en todas las ventanas».
Y de nuevo la ausencia
presencia de la Amada como la razón poética:

Por cuál causa o nostalgia
en vilo tu desnudez tu pecho
mostrando gavilanes o rosas
que entregan para mí su primero
último ademán
hasta que el fuego renovado e inmemorial
me cubra.

La «videncia poética» sobre Elena-Elena establece a veces correspondencia con la ensoñación infantil o con la metáfora de la casa. La Amada aparece, en la poesía de Sánchez Peláez, de múltiples formas, como diría el poeta: «...coloco en ella atención máxima hasta inscribir su nombre en la realidad y labrar mi deseo»: una poética sobre la Amada que la hace ausente y presente por la inscripción en la palabra: una poesía sobre la Amada que, en su recurrencia, se convierte en una escritura del deseo.

En 1974, Ángel Rama se refería a Juan Sánchez Peláez como a «la figura clave de la poesía venezolana actual». Podemos afirmar hoy que, de *Elena y los elementos* hasta *Por cuál causa o nostalgia*, se muestra una vez más el rostro inmortal de Eurídice-Elena, fundando un viejo y nuevo hallazgo, un nuevo ámbito en la poesía latinoamericana contemporánea.